

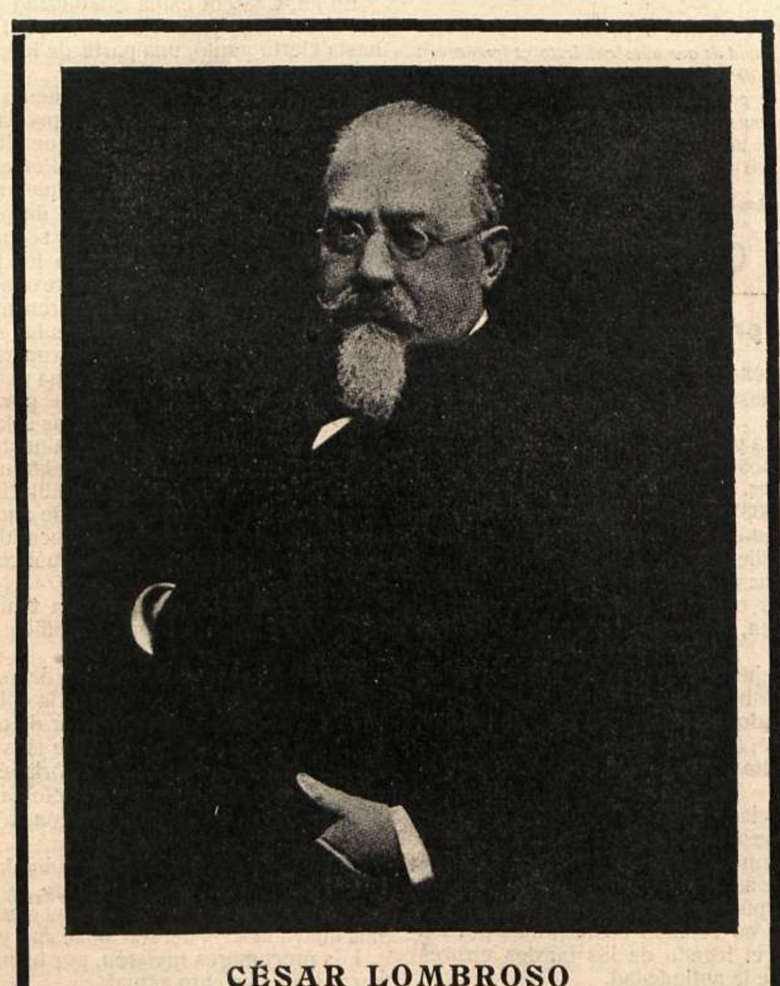
Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Año 1 Madrid, 25 de Octubre de 1909. Núm. 14





CÉSAR LOMBROSO
(SU ÚLTIMO RETRATO)



Administración: San Bernardo, 19

Número suelto: 25 CTS.

SUMARIO

LOMBROSO—*¿Mensaje del espíritu del rey Alejandro de Servia?*—**LOS GRANDES MÉDIUMS:** *Mistress Piper* (conclusión).—**EL OCULTISMO Y EL ESPIRITISMO EN MARRUECOS.** *Creencias populares:* EL «MAL DE OJO», por A. M. Pajares (continuación).—*¿Se ha comunicado el espíritu de Lefebvre?*—*La policía y los clarividentes.*—*El Ocultismo contemporáneo*, por Pierre Piobb.





EN BENEFICIO DE NUESTROS SUSCRIPTORES

A cuantos nos indican la conveniencia de entrar ya en la exposición y examen de las hipótesis, por las cuales se quiere explicar los múltiples fenómenos supranormales, les rogamos que sepan esperar. Desconociéndose aquí, por la generalidad, esos fenómenos, conviene hacer de ellos extensa y variada exposición; luego, dar á conocer las teorías ya en curso. Después será más provechoso el intento de teorizar por cuenta propia. Esto, de un modo general, pues desde los primeros números hemos consignado ya algo que á ese último período se refiere.

La excesiva importación extranjera, que algunos lectores hacen observar, es, hoy por hoy, indispensable.

Cuando en un país no se fabrica determinado producto que un día se cree necesario, lo primero es importarlo. Así se atiende á la conveniencia del momento y se prepara la producción nacional.

***

El trabajo que á continuación insertamos, debido á la pluma del notable literato y psicólogo francés M. Pierre Piobb, es tal vez la síntesis más acabada que puede imaginarse del Ocultismo en su actual estado de desarrollo.

Aunque por ahora queramos permanecer fuera del terreno de las teorías, lo publicamos en la seguridad de que nuestros lectores leerán con gusto un resumen tan completo de los estudios que hoy constituyen la psicología positiva. Con ello se podrá tener á la vez idea de la altura á que estos estudios se van poniendo en el mundo culto.

Exigencias del ajuste y el deseo de darle á conocer íntegramente en un solo número hacen que insertemos el artículo en este lugar.

EL OCULTISMO CONTEMPORANEO

I.—Los precursores.

«¡El Ocultismo será la ciencia del siglo XX!» gritaba, hace unos veinte años, en hermoso arranque de entusiasmo, el coronel de Rochas.

Acaso esta afirmación era prematura, acaso hasta exagerada; de todos modos, demostraba el celo de los que hoy se suele llamar los precursores.

En aquella época (en 1888), ciertos espíritus un poco paradógicos se habían atrevido á ojear algunos antiguos tratados medioevales que nadie leía ya, y se sorprendieron al encontrar en ellos sistemas metafísicos no sospechados, teorías físicas olvidadas y ciencias pasadas por alto. En seguida, les ocurrió la idea, harto lógica, de extender sus hallazgos entre el público.

Hasta entonces, este conjunto de conocimientos era privilegio de unos pocos. Se sabía que existía un orden de estudios diferente del adoptado generalmente; pero se ignoraba el sentido, y, sobre todo, el fundamento de tales estudios. Llamábaseles ciencias ocultas, y bajo este nombre se las miraba con desprecio.

Para los sabios, las ciencias ocultas representaban la superstición. Preocupábanse aquéllos poco de saber si eran ciertas, ó si estarían conformes con los conocimientos positivos. Condenábanlas por adelantado, porque eran diferentes de su ciencia. Para el público, no tenían derecho de ciudadanía, no eran clásicas, no estaban consagradas por los académicos y constituían el legado de los burdos errores que ocuparon el cerebro de la antigüedad.

Los precursores de 1888 no pudieron aislarse por completo de este ambiente. Después de abrir los viejos tomos que dormían bajo el polvo de las bibliotecas, después de reconocer que en ellos había verdades, creyeron de buena fe haber descubierto una ciencia muerta, la ciencia oculta, y se titularon ocultistas.

Por lo demás, el mundo se hallaba entonces dispuesto á acoger lo maravilloso. El Espiritismo comenzaba á entrar en la fase experimental. Tras de ser un pasatiempo de salón, intrigaba á sabios como William Crookes, mientras entusiasmaba á sus adeptos. Las doctrinas de Allan Kardec, de 1857 á 1868, contaban ya con un gran número de prosélitos. Todos se habían puesto á hacer moverse las mesas. Se discutía, se preguntaba si las mesas se movían realmente. Cuando se hubo adquirido la certeza, vino la división en el terreno de las hipótesis. Los sabios permanecieron fríos y circunspectos, como conviene; pero los adeptos se inflamaron. Hacia 1888, los círculos espiritas eran verdaderas iglesias en pequeño, donde el dogma de la supervivencia y la creencia en la intervención de los espíritus en los negocios ordinarios eran de rigor.

Por otra parte, las ideas de la India se infiltraban en Europa. Una sociedad poderosa había reunido, bajo el nombre de teósofos, á cierto número de personas á quienes no satisfacía la metafísica occidental. Esta sociedad extendía la afición al misterio y propagaba el estudio de los fenómenos psíquicos.

En fin, Charcot había establecido científicamente el valor del hipnotismo y de la sugestión, acreditando de este modo, hasta cierto punto, una parte de lo maravilloso entre el público.

El año 1888, pues, era el momento propicio para rehabilitar las ciencias olvidadas y despreciadas.

Pero estas ciencias habían constituído hasta entonces la base de sociedades secretas. Perseguidas con encarnizamiento por la iglesia católica, que excomulgaba sin piedad á cuantos á ellas se dedicaban; despreciadas por los sabios y ridiculizadas por el público, seguían siendo la tradición del cenáculo cerrado. Cuando los precursores las descubrieron, fueron para ellos una revelación. Ellas les daban la clave de todos los ritos de forma masónica, y, á la vez, sumían en el misticismo á cuantos las estudiaban. Por eso se vió á los primeros ocultistas agruparse en logias y en consejos supremos, y mientras por una parte trataban de vulgarizar sus doctrinas, esforzábanse por otro lado por conservarlas en secreto, exponiéndolas solamente en la sombra.

El movimiento de 1888 fué eminentemente esotérico. Péladan y Stanislas de Guaita fundaron en esa época la Orden de la Rosa-Cruz, y Papus restableció la Orden martinista. Pocos fueron los campeones de aquellos estudios nuevos que, á pesar de su valer y su sinceridad, se libraron del gusto de poner los tres puntos simbólicos á continuación de su nombre.

Resultó de aquí una marcada tendencia hacia la Metafísica. En cambio, el lado científico y positivista quedó un tanto descuidado.

Con todo, el impulso estaba dado; los investigadores se agruparon y, en fin de cuentas, la opinión del público se modificó. Se empezó á considerar de otro modo á los ocultistas, y ya no se les despreció sin más ni más. Entonces se multiplicaron los libros. Reimprimiéronse algunos antiguos tratados de Alquimia, de Astrología, de Cábala y hasta de Magia. Los curiosos los leyeron, y ciertos innovadores se aprovecharon de ellos.

Así, poco á poco, abrióse camino la idea de que la Ciencia no había dicho su última palabra, el Misticismo cedió paso al Positivismo y el estudio de las ciencias olvidadas entró en una nueva fase: la del Racionalismo y la experimentación.

Los precursores tuvieron, por lo menos, la gloria de preparar el movimiento actual.

II.—¿Qué es el Ocultismo?

Hoy día, la voz «ocultismo» es ya corriente. El público no sabe á ciencia cierta lo que significa, pero la emplea sin atribuirle ningún mal sentido.

Para la mayoría, el Ocultismo resume el conjunto de investigaciones sobre los fenómenos psíquicos. En este sentido emplea la palabra el Dr. Grasset, profesor de la Univer-

(Sigue en la plana 3.ª de la cubierta.)

AÑO I — Madrid, 25 de Octubre de 1909 — NÚM. 14

Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Ser ó no ser... ese es el problema —SHAKESPEARE.

El que fuera de las matemáticas puras dice *imposible*, carece de sentido.
ARAGO.

ADMINISTRACION
Ancha de San Bernardo, número 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España: Un año, 6 pesetas; un trimestre, 1,50 ídem.
Extranjero: 7 y 1,75 francos respectivamente.

Los sabios y los ignorantes me atacan; los unos y los otros se ríen de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas; y bien, sea; pero yo sé que he descubierto una de las más grandes fuerzas de la Naturaleza.
GALVANI.

LOMBROSO

En Turín, de cuya facultad de Medicina era prestigiosísimo profesor, ha muerto repentinamente el 19 del actual este sabio ilustre, del cual varias veces nos hemos ocupado por ser uno de los valientes experimentadores de los fenómenos psíquicos supranormales que del materialismo científico pasaron, por convencimiento adquirido en la directa observación de los hechos, al campo espiritualista.

Lombroso era un carácter templado para despreciar el desdén, para desafiar la hostilidad que la exposición de lo que él entendía ser cierto pudiera acarrearle.

El sintetizó el tipo antropológico del delincuente, clasificándolo como una variedad de la especie humana, como un degenerado física y moralmente; y cuando los moralistas se alarmaron ante ese rudo golpe al principio, para ellos intangible, de la responsabilidad de los actos humanos; y cuando los juristas, creyendo que se desplomaba el edificio de la justicia penal con todos sus casilleros para la objetiva clasificación de los delitos, anatematizaron la nueva doctrina declarándola incompatible con el orden social y jurídico, él, siguiendo lo iniciado por Thompson y Morel, con Benedikt, Ferrus, Lucas, Desprine, Nicholson, Ferri, Salillas, Garofalo, Marro y otros pocos, contestó mostrando en los presidios y entre los ajusticiados una proporción grandísima de cráneos semejantes al que reproduce nuestro grabado.


Borelli, *apache* condenado á muerte en Marsella, é indultado.

—Ved—les decía,—si es ése un hombre normal. Mirad cómo la osificación prematura de la sutura frontal arrojó el cerebro hacia atrás, ocasionándole una deformidad. Mirad en los delincuentes la submicrocefalia, la asimetría craneana, el prognatismo, esto es, prolongación, prominencia ú oblicuidad de las mandíbulas, la desigualdad de las pupilas, lo saliente de los pómulos, lo torcido ó chato de la nariz.... ¡No discutáis sin mirar esto!

Y los moralistas escolásticos y los jurisconsultos, cerraban los ojos para no ver, aferrado su pensamiento al dogma del libre albedrío y al concepto atávico de la punición, venganza legal.

Vicio del razonar que antepone los principios consagrados de antemano, á los hechos; como si algún

principio nos fuera bastante conocido para declararlo absoluto; como si en el orden de la Creación pudiera haber contradicciones.

Al fin, las teorías antropológicas se abrieron paso, y, ¡oh sublime armonía de las cosas!, se echó de ver que no amenazan el orden social y jurídico. El delincuente será puesto en seguro para que no dañe; se le excluirá, segregándolo si es preciso, de la comunidad cuyo tipo normal no reproduce. Ya no será *la pena* venganza por el mal que hizo; será defensa necesaria contra su anormalidad; ese peligro de exclusión podrá ser, como el amenazador arpón del domador, freno de sus instintos; y será también *la pena*—llamemósla aún así—intento de corrección. Lombroso no declaró incorregible en absoluto al delincuente *; y eso que en sus más fecundos tiempos de apostolado, el materialismo limitaba sus percepciones, y no le dejó ver, siquiera como una hipótesis luminosa, la acción espiritual sobre el plano físico: el alma, arquitecto de su edificio carnal, construyéndolo torpemente si ella es torpe, conservando los estigmas de animalidad ó de salvajismo, quizás porque no purificó bastante sus recuerdos; corrigiendo, en fin, su obra.........

* * *

Lombroso, que era materialista, no podía admitir la realidad de los fenómenos espiritas: fué uno de sus ridiculizadores. Pero su compatriota Ercole Chiaia sintió la necesidad de atraerle y se dirigió á él en cortés desafío.

Nuestros lectores conocen ya esa interesantísima historia **. Lombroso comenzó por exigir la condición de que las experiencias con Eusapia Paladino se hicieron en plena luz. Luego comprendió cuán fuera de razón estaba imponer condiciones para la observación de los fenómenos cuya naturaleza y mecanismo se desconoce. Consintió, al fin, en *observar*, se rodeó de las más extremadas garantías, vió: y con la noble valentía de su carácter dijo lo que había visto. Repetidas investigaciones le convencieron, no sólo de que eran verdad los hechos, sino de que su origen era espirita, y así lo ha declarado reiteradamente, suscitando contra él toda clase de anatemas; esta vez, principalmente de los materialistas, sus antiguos aliados.

Como antes había dicho: *Ved esos cráneos*, dijo después: *Ved, observad esos fenómenos*.

La muerte le ha impedido ver, quizás, la próxima exaltación de su nueva creencia, como vió el triunfo substancial de la escuela antropológica; pero sea de ello lo que quiera, la figura de Lombroso queda abrillantada por ese ejemplo de receptibilidad intelectual y de energía é independencia de criterio.

Lo Maravilloso rinde homenaje de admiración al sabio profesor de la Facultad de Medicina de Turín, desaparecido.

Su último retrato honra este número gracias á la amabilidad del reputado criminalista, abogado de Madrid Sr. D. Carlos Díaz Valero, que nos promete para el número próximo un estudio, acerca del que el finado hizo como prólogo de la obra de L. Barzini *Nel Mondo dei Misteri*.

* Hasta al tigre, fiero por naturaleza, se le domestica.
** Números 3 y 4 de nuestra Revista.

¿Mensaje del espíritu del rey Alejandro de Servia?

El círculo espirita de Carlowitz, en Hungría, se había puesto en busca de los restos de Atila. Después de invocar mucho tiempo á los espíritus, sólo se pudo hallar el cadáver de uno de los generales del jefe de los Hunos, cuyos restos fueron mandados al museo de Budapest. Ocurrió que en una de las sesiones, el rey Douchan se apareció á los miembros del círculo, diciéndoles: «¿Por qué no buscáis mi sepultura? ¿Acaso no estoy más cerca de vosotros que Atila? La persona que os puede ayudar en esta empresa es M. Mijatovitch. Decidle que vaya á ver un médium de la localidad, y yo le haré saber cómo debe proceder en sus investigaciones.»

Transcurrieron meses y meses. M. Mijatovitch, ex-presidente de ministros de Servia, después ministro de Servia en Londres y primer delegado servio á la Conferencia de La Haya, hombre de inteligencia superior y de una seriedad imperturbable, no quiso prestarse para semejante misión ante los espíritus. Sin embargo, concluyó por ceder á los ruegos de sus amigos. Un día consintió en ver un médium, llamado Vengo. Era un hombre simple, casi analfabeto. Cuál no sería, pues, la sorpresa del ministro, cuando Vengo le entregó un mensaje en servio, de parte del difunto rey Alejandro. En el mensaje, el rey pedía á su ex-ministro fuera de su parte á hablar á su madre, la reina Natalia, para pedirle perdón por las faltas graves que había cometido antes para con ella. Este pedido era tan emocionante que M. Mijatovitch no vaciló en transmitirlo á la reina de Servia.

Vengo recordó también al diplomático servio un hecho que sólo conocía él y el rey Alejandro. El ministro había tenido la idea de levantar un monumento al anciano Karajeorge, el libertador de Servia. El rey Alejandro se opuso con el pretexto de que no quería contribuir á glorificar á sus adversarios. Así que el asunto no se llevó á cabo. Pero el espíritu del rey, evocado en presencia de M. Mijatovitch, había afirmado que la oposición al proyecto provenía de la reina Draga.

El espíritu había dicho después al ministro servio que la corona del rey Douchan, adornada con alhajas valiosas, estaba guardada en el valle de..... N.

M. Mijatovitch debía trasladarse allí, en donde encontraría una persona que lo llevaría derecho al sitio donde están las reliquias reales de Servia.

¿Y fué M. Mijatovitch?

No. Pero en su próximo viaje á Servia seguirá, sin duda, las instrucciones recibidas.

Esperemos, pues, el descubrimiento del tesoro antes de pronunciarnos sobre la formalidad del rey Alejandro después de su muerte. No obstante, nos asalta la duda de que este monarca se haya transformado tan pronto en el otro mundo para pensar seriamente en su desdichada patria.

LOS GRANDES MÉDIUMS

MISTRESS PIPER

(CONCLUSIÓN) *

Lo que hasta ahora llevamos dicho es suficiente, á nuestro entender, para que el lector tenga una idea exacta de lo que son los fenómenos mediúmnicos observados en Mrs. Piper, y pueda apreciar sus asombrosas facultades. Mas, para que el presente estudio sea completo, no debemos pasar adelante sin ocuparnos de un hecho curiosísimo que tiene lugar en los instantes en que Mrs. Piper pasa del trance á la vigilia. Como quiera que este hecho da mayor fuerza á la teoría espirita, y con el fin de evitar circunlocuciones que distraigan y fatiguen la atención de los lectores, hablemos ya como si dicha teoría estuviese demostrada y universalmente admitida, sin que ello quiera decir que resueltamente nos decidamos por ella.

Cuando Mrs. Piper empieza á volver á su estado normal, al terminar cada sesión, y una vez que ha cesado en la escritura automática, salen de sus labios frases entrecortadas, á veces sin ilación, que recuerdan las que suelen oirse á las personas que sueñan en voz alta. Estas frases, incoherentes en la apariencia, tienen un significado claro cuando se las compara con las comunicaciones que las preceden; muchas de ellas las dice la médium por sí misma, pero otras parecen dictadas por los espíritus comunicantes. Son como recomendaciones que éstos le hacen al verla volver á su organismo, algo así como los encargos de última hora que, en el momento de ponerse en marcha el tren, hacemos al amigo ó al pariente que se va fuera. En esos momentos críticos es, en efecto, cuando se han obtenido ciertos datos importantes que no pudieron obtenerse en las comunicaciones.

Un ejemplo: se manifiesta el espíritu de una actriz que se había suicidado; durante la sesión, pregúntasele varias veces en qué población se suicidó, y la población no parece por ninguna parte; pero en el momento de salir del trance, Mrs. Piper exclama: «¡Venecia!»; y á todos los presentes les produce este nombre un efecto como si el espíritu, al ver próximo á cortarse el hilo telefónico que le unía á este mundo, hubiese dicho: «¿Me preguntábais dónde ocurrió el suceso? Se me olvidaba... Fué en Venecia.»

Un caso aún más notable ocurrió cuando comunicó por vez primera el padre del profesor Hyslop. El comunicante no había dicho su nombre ni su parentesco con el experimentador; pero termina la sesión, Mrs. Piper sale del trance, y en el momento mismo en que parece suspendida entre el mundo de los espíritus y este en que vivimos, se la oye decir:

—Hysl... Hyslop... Soy yo... Dígale que soy su padre... Yo... Adiós, señor... Yo no le echaría con esos modos... ¡Oh, Dios mío!... ¿Veis al hombre de la cruz cómo aleja á todo el mundo?... ¿Habéis visto la luz?... ¿Qué es lo que ha hecho caer todo el pelo á ese hombre?

—¿A qué hombre?—pregunta el Dr. Hodgson.

Y la médium responde:

—A ese señor viejo que quería decirme algo, y no ha podido.

La médium despierta del todo. Sus palabras, á primera vista, parecen sin sentido; pero examinémoslas despacio y veremos que tienen un valor real.

Las frases «Hyslop... Soy yo... Dígale que soy su padre... Yo...», son el encargo final que Roberto Hyslop hace á Mrs. Piper para su hijo en el momento en que Imperator, viendo que se agota la «luz» de la médium, levanta la sesión, si se nos permite esta frase. La fórmula «Adiós, señor», es, indudablemente, de Mrs. Piper, que se despide de Roberto Hyslop. Después vienen las consideraciones de la misma mistress Piper, ó acaso de algún espíritu, sobre la violencia con que Imperator desempeña su misión: «Yo no le echaría con esos modos... ¡Oh, Dios mío!... ¿Veis al hombre de la cruz cómo aleja á todo el mundo?» El título de «hombre de la cruz» es muy apropiado para Imperator, que siempre da á conocer su presencia trazando una cruz sobre el papel ó en el aire.

Las últimas frases son todas de Mrs. Piper. Cuando pregunta: «¿Habéis visto la luz?», refiérese, sin duda, á la luz del «otro mundo», invisible para nosotros. Lo demás es fácil de comprender teniendo en cuenta que Roberto Hyslop estaba completamente calvo.

En el instante mismo en que Mrs. Piper torna al estado de vigilia, aún conserva un vago recuerdo del trance, á juzgar por los fragmentos de frases que pronuncia. Con mucha frecuencia despierta vertiendo lágrimas y exclamando: «¡Quiero permanecer aquí! ¡No quiero volver á ese mundo obscuro!» Sirva de ejemplo el caso siguiente, referido por el doctor Hodgson: La médium, saliendo del trance, se echa á llorar y murmura: «No quiero volver á las tinieblas... ¡Oh! Esta es... Esta es... Esta debe ser la ventana... Pero yo me pregunto... me pregunto qué ha sido de todos ellos... Es extraño... Había olvidado que estaba viva... Sí, señor Hodgson,

* Comenzóse este interesantísimo relato en el número 8.° de nuestra Revista.

lo había olvidado... Iba á decirle á usted algo, pero ya no sé lo que era... ¿Ve usted? En cuanto cruje mi cabeza, ya no puedo decir nada... Debe ser de noche... ¡Ah, Dios mío! Me siento débil...»

Otras veces, la médium se vale de extrañas imágenes: «¿Veis á Rector que me enseña una plancha negra por un lado y luminosa por otro?... Me dice mostrándome el lado negro: «Este es vuestro mundo»; y enseñándome el lado luminoso: «He aquí el nuestro... Yo no quiero volver al mundo obscuro.»

En otra ocasión, en el momento de despertar por completo, dice: «¿Es este mi cuerpo?... ¡Cómo pellizca!»

Pero las salidas de trance más curiosas son aquellas en que Mrs. Piper repite, como automáticamente, trozos de oratoria religiosa; he aquí un ejemplo: «¿Es eso una bendición? Repítela... Que el Padre sea y esté contigo por toda la eternidad... *Servus Dei.* No comprendo... Es preciso que me ocupe de todos estos. Te dejo con salud... Ve, y haz tu deber... ¡Que la bendición sea sobre tu cabeza!... La luz tendrá fin... ¿Por qué dice usted eso?... ¿Se marcha usted? Hasta la vista... Quiero irme con usted, seguir su misma senda... ¿No ois el silbato?»

¿Qué significa este lenguaje? ¿Es acaso que Imperator, antes de permitir la vuelta del espíritu de la médium al «mundo obscuro», ruega por ella y la bendice? Esta es, por lo menos, la hipótesis más explicable. En cuanto á la frase «la luz tendrá fin», es, sin duda, una predicción del mismo Imperator, que significa poco más ó menos: «Ya vendrá el día en que te reúnas con nosotros para siempre», ó «Cuando dejes de servir de intermediaria entre este mundo y ése, ya vendrás con nosotros»; lo que completa la frase anterior: «Ve, y haz tu deber». Recuérdese que los espíritus llaman «luz» á la facultad ó fuerza desconocida que permite á los médiums comunicar con nuestro mundo. Por lo que respecta al silbato de que habla Mrs. Piper, era un silbato real y efectivo, un silbato «terrestre», que los presentes oían tan bien como la misma médium; en aquel caso, su sonido fué la primera sensación de este mundo que al tornar á él notó Mrs. Piper.

Estos incidentes no los referimos sólo á título de curiosidad, sino también porque, según ya hemos dicho, ellos constituyen un argumento de gran fuerza en pro de la teoría espirita. Ese paso de un mundo á otro, que no podemos considerar como efecto de una sugestión ó de la acción telepática, es demasiado natural y espontáneo para que pueda ser fingido.

A pesar de todo, los experimentadores de la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas, aun después de las últimas investigaciones—cuyos resultados acaban de publicarse,—no pretenden imponer de un modo rotundo que las comunicaciones obtenidas con la intervención de Mrs. Piper sean realmente de espíritus desencarnados.

Con esto venimos á lo que podríamos llamar el último ó más reciente período de la mediumnidad de Mrs. Piper, en el que ha figurado como principal experimentador el profesor Willian James, ex-presidente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Ofrece dicho período el mismo carácter general de método y seriedad que distingue todas las sesiones desde que Imperator y sus compañeros asumieron la dirección del fenómeno; pero en él hay una cosa nueva: á los antiguos espíritus-guías se ha unido una nueva entidad, la del Dr. Hodgson.

El Dr. Richard Hodgson, á quien Mrs. Piper debe por tantos conceptos su celebridad, falleció repentinamente el 20 de Diciembre de 1905, hallándose jugando á la pelota en un club de regatas. Ocho días después se recibía su primer mensaje por conducto de la médium, y desde entonces sus comunicaciones apenas han sufrido interrupción. El hecho es verdaderamente notable, no sólo por haber sido Hodgson el principal investigador de la mediumnidad de mistress Piper, sino también porque en distintas ocasiones había manifestado el propósito de servirse de ésta para confirmar desde el más allá la teoría espirita, caso de fallecer él antes que la médium.

En cuanto á la identidad del nuevo comunicante, el profesor James, al resumir los resultados de setenta y cinco sesiones en que se presentó el pretendido Hodgson, afirma que «la cantidad total de informes verídicos comunicados por la entidad R. H. á los diferentes experimentadores es muy considerable»; y el profesor Hyslop, interrogado sobre el asunto por el *Daily Telegraph*, ha contestado: «Sólo los ignorantes dudan todavía de que Mrs. Piper comunique con el mundo de los espíritus. *Hace años que Ricardo Hodgson ha establecido su identidad de este modo. Yo mismo he hablado con Hodgson,* y en cuanto á Federico Myers, he hablado con él ayer mismo.»

Como hemos dicho, Hodgson hizo su aparición á los ocho días de su muerte, ó sea el 28 de Diciembre de 1905. Durante una comunicación de Rector, la médium se detuvo un momento en la escritura automática y, de repente, escribió una H con tal fuerza, que se rompió la punta del lápiz. En seguida completó el nombre «Hodgson», y luego Rector siguió su comunicación, diciendo que Hodgson deseaba hablar con sus colegas.

—Tiene un anillo en la mano,—añadió,—y os lo está enseñando..... ¿Sabéis lo que quiere decir?

A continuación, Mrs. Piper trazó el nombre «Margarita», la palabra *all* (equivalente en inglés de «todo» ó «todos»), y las iniciales A. B. L. Aquel día no se obtuvo ningún otro dato acerca del difunto experimentador, pero en las siguientes sesiones éste volvió á comunicar y explicó el significado del incidente del anillo. Este—según dijo—estaba en su poder el último día que fué al club de regatas, y alguien se lo quitó después de su muerte. Recordó habérselo metido en el bolsillo porque, al jugar á la pelota, le lastimaba el dedo. Tenía completa seguridad de habérselo puesto en un bolsillo del chaleco. Habiéndosele dicho que no se encontraba el anillo por ninguna parte, Hodgson contestó que había visto á un hombre cogerlo; éste hombre lo tenía aún, y él sabía

dónde vivía, como lo demostró describiendo su casa. En el momento mismo de la comunicación veía claramente su anillo en el dedo de aquel hombre, y su chaleco en la habitación del mismo individuo.

En seguida se hicieron indagaciones al efecto, y á los dos meses se encontró el anillo en el bolsillo del chaleco de Hodgson, prenda de la que nadie se acordaba y que, desde el fallecimiento del doctor, estaba en casa de un tal Mr. Dorr. El tal anillo se lo había regalado á Hodgson, con motivo de su quincuagésimo cumpleaños, una admiradora de sus trabajos. Hodgson no había revelado á nadie su procedencia; cuando murió, aquella señora rogó á uno de los albaceas que se lo devolviesen, y entonces fué cuando se echó de menos. Conviene tener en cuenta esta circunstancia, porque ella explica el nombre de Margarita, dado en la primera comunicación.

Incidentes como éste, en los que el supuesto espíritu da á conocer hechos que, por ser ignorados de los demás, excluyen toda idea de telepatía ó sugestión, abundan en este último período mediúmnico. Los experimentadores, sin embargo, no están unánimes, ni mucho menos, en reconocer el origen espiritual de las comunicaciones. Ello es en gran parte debido á la evidente confusión que en algunas de éstas se nota. Sirva de ejemplo el que podríamos llamar «incidente Huldah».

En una de sus comunicaciones, Hodgson cuenta que en otro tiempo se declaró á una señorita llamada Huldah: que tenía cartas de ella, las cuales le convenía fuesen destruídas, y que nadie sino ella y él conocían este asunto y la existencia de dichas cartas.

Ahora bien: el profesor James y Mr. Dorr (el que tenía el anillo de Hodgson) sabían por la propia interesada esta historia, y que la joven había contestado negativamente á su antiguo amigo, por lo cual nunca quisieron hablar con éste de ello; pero la señorita en cuestión no se llamaba Huldah, sino Ella; á veces había firmado sus cartas con su segundo nombre, Ana; pero nunca empleó el de Huldah, ni había oído jamás hablar de nadie que se llamase así. En consecuencia, en la siguiente sesión Mr. Dorr pregunta:

—¿Es Huldah alguna de las hijas de la familia Densmore? * ¿Es María, Juana ó Ella?

—Ella—responde Hodgson;—pero entre nosotros acostumbrábamos llamarla Huldah. Su nombre completo era Ella Huldah Densmore.

Después de hablar de otras cosas, se le pregunta si está bien seguro de que Huldah y Ella eran la misma persona, y Hodgson dice:

—¿He dicho yo ésó? Fué una equivocación. Es una hermana suya; es una de las tres hermanas, pero no Ella. *Fué* Ella. Sé muy bien lo que digo. Vi á Huldah en Chicago. Me gustaba mucho. Le pedí su mano, pero me dió calabazas.

No puede negarse que en todo esto hay algo difícil de explicar por el Espiritismo. ¿Cómo es que Hodgson niega lo que primero afirmó? ¿De dónde saca el nombre *Huldah*, que en nada se parece á los de la señorita Densmore? ¿No podría ser todo ello invención de Mrs. Piper, que, como decimos vulgarmente en castellano, hubiese oído campanas sin saber dónde? Es, sin embargo, difícil creer que Hodgson, no habiendo hablado á ninguno de sus amigos y colegas de su amor hacia la señorita Densmore, se lo fuese á confesar á Mrs. Piper. La cosa, por lo menos, no parece natural. La hipótesis de una impostura por parte de la médium es, en este caso, la última que podríamos admitir.

En otra sesión, Hodgson dice concretamente que no había confiado á nadie sus proyectos matrimoniales, aunque había dejado traslucir algo de ellos á los profesores Myers, Lodge y Newbold, y que había usado el nombre *Huldah* para no comprometer á la señorita, y más adelante añade que también había dicho algo acerca del asunto á una señora, la doctora Blai Thaw. Se pregunta á ésta, y responde que, en efecto, quince años antes el doctor Hodgson le confesó que había pedido la mano de una joven y le había sido negada; pero sin decir el nombre. ¿Puede nadie creer que el doctor contase en vida todos estos detalles á Mrs. Piper, para que ésta pudiese luego engañar con ellos á los nuevos experimentadores? De ninguna manera.

Otra explicación más racional se ha buscado, y se ha llegado á pensar si Mrs. Piper tendría la facultad de recordar inconscientemente, estando en trance, lo que se haya hablado ante ella durante otro trance anterior. Parece ser, en efecto, que Hodgson consultó alguna vez con Imperator si sería feliz casándose, y nada tendría de extraño que hubiese hablado el pretendido espíritu-guía de sus intenciones respecto á la señorita Densmore, empleando el seudónimo *Huldah* por discreción, en cuyo caso la médium, en virtud de esa memoria trancial, podría muy bien haber retenido el nombre y la esencia de la conversación, y las confusiones quedarían explicadas.

Pero esta hipótesis tiene también su punto débil. Si las llamadas comunicaciones espiritas son realmente recuerdos coincidentes con el estado de trance, emitidos durante éste por la imaginación de la médium, ¿cómo se explica que ésta no hable de asuntos referentes á una persona, sino después de fallecida esta persona?

Debemos repetirlo: De cuantas explicaciones se han querido dar acerca de los singulares fenómenos manifestados en Mrs. Piper, sólo hay una que lo explica todo y que todo lo resuelve, y es la que ha hecho decir recientemente á Olivier Lodge, después de conocer los resultados de las últimas sesiones, así de las celebradas en América como de las que han tenido lugar en Londres: «HA HABIDO UNA COOPERACIÓN FORMAL ENTRE LOS QUE TODAVÍA SE HALLAN EN EL PLANO MATERIAL Y LOS QUE HAN PASADO AL INVISIBLE».



* Este apellido, como los nombres de pila de las tres hermanas, no son realmente los de ellas; se han empleado en sustitución de los verdaderos por una discreción fácil de comprender.

EL OCULTISMO Y EL ESPIRITISMO EN MARRUECOS

CREENCIAS POPULARES

EL "MAL DE OJO"

(CONTINUACIÓN)

La interpretación de los hechos en que se funda la superstición denominada *mal de ojo*, y otras dominantes en la población mogrebina, ofrece un doble interés: el uno, predominantemente científico; el otro, de actualidad. Á la hora presente, y á las puertas de casa, como quien dice, podemos contemplar un pueblo—Marruecos—como replegado sobre sí mismo y conservando á través de los siglos el tipo casi perfecto de la más pura civilización islámica. Así, mientras los Estados más cultos de la vieja Europa representan otros tantos ejemplares de formaciones sociales acabadas, en las que el tiempo, con su acción evolutiva, imprimió el brillo del progreso para definir el sistema en que sus instituciones cristalizan, el Mogreb ostenta las rugosidades ó asperezas de una masa refractaria á todo pulimento. Es, en verdad, un documento curioso para el estudio de la Paleontología social.

***

El *'ain* es un fenómeno de Magia: entendiendo por fenómeno el suceso ó hecho experimentable ú observable; y por Magia el conjunto de fenómenos expresivos de las proyecciones del *yo* en el mundo de los sentidos. Mediante esas proyecciones se relaciona lo interno con lo externo, por influjo mutuo, y con sujeción á leyes formuladas conforme á los fundamentos de la Psicología experimental. Consideramos, ahora, secundario determinar á qué clase de magia corresponde el *mal de ojo*, si á la simpática ó á la demoníaca: lo interesante es notar que la proyección del yo, su exteriorización, genera el rito; que el rito crea el demonio: y como este rito consiste, ante todo, en *imitar*, ó, por lo menos, en *enunciar la acción* que se desea ejecutar, nos encontramos, así, conque la magia demoníaca se refiere, en substancia, á la magia simpática. Veamos la explicación que parece más admisible, así del *'ain* como de todos los hechos ú operaciones de Magia.

—

Para la escuela antropológica inglesa impera la ley de la simpatía en todos los hechos de esa clase: de donde concluye que todos esos fenómenos de carácter mágico se reducen á la aplicación de las leyes fundamentales de la asociación de ideas, sea por semejanza sea por contigüidad.

Pero las leyes de asociación de ideas (de recuerdos, podría decirse con más propiedad) no bastan por sí solas para explicar toda la Magia. Yerra la escuela antropológica inglesa por no tomar en consideración, como lo merece, la gran distancia que media entre nuestra vida mental con su flora de representaciones pulidas, espiritualizadas, abstractas, y la del salvaje desenvuelta más bien bajo el dominio del sentimiento que del raciocinio. El hombre primitivo no discurre sino por medio de imágenes: en su mentalidad juegan un papel preponderante los estados afectivos: su inteligencia está en la infancia, por decirlo así; es un sér predominantemente sensitivo: un *impulsivo*, como diríamos adjetivando á la moderna. Su incapacidad para inferir según la Lógica es bien notoria: pero tiene necesidades, siente deseos: ha de luchar contra el hambre, la sed, el frío etc.: entonces *imagina*, inventa recursos, encuentra medios. Mas, como en los medios encontrados no distingue siempre el elemento que es eficaz, la acción útil de éste aparece mezclada con prácticas cuya utilidad no vemos, y á las que se denomina mágicas.

—

De todo esto se ha podido inferir, con lógica, que los procesos dominantes en la actividad mental del hombre primitivo son los de la psicología afectiva. Por tanto, es preciso tener en cuenta estos datos de la Psicología en una teoría completa de la Magia. Esos datos sirven para explicarse el contraste que ofrecen muchas prácticas de Magia; por ejemplo, para curar la picadura de escorpión aplastarle la cabeza; para curar la ictericia, tomar azafrán y zanahorias. Sin duda, juega un papel importante, al lado de la ley de la semejanza de los recuerdos ó ideas, la ley de los contrastes.

En conclusión: el uso de prácticas contradictorias, el empleo continuado de medios que nos parecen, y, son, inidóneos; usos y empleo que constituyen verdaderas deducciones, ó mejor inferencias espontáneas, implican un desconocimiento de la relación de causalidad, esencial en todo saber científico, é imprimen carácter de suyo técnico al conjunto de hechos integrantes de la magia; la cual no puede, por eso, ser elevada á la categoría de Ciencia. Viene á servir de apoyo á este concepto, la significación etimológica: en muchas lenguas, la palabra con que se designa la idea que entraña, deriva de la raíz que significa *obrar*, hacer.

Otra rectificación importa oponer á la escuela antropológica inglesa. Si por la ley de la simpatía solamente se explicasen todos los fenómenos de Magia, no habría por qué multiplicar las prácticas: el rito, en vez de aparecer sobrecargado con detalles inútiles, debería simplificarse, reduciéndolo á la imitación más rigurosa. Luego no se explican por esa ley tantos ritos accesorios, las precauciones que se toman, el temor misterioso que se experimenta, etc.; hay que admitir la intervención de fuerzas especiales, de fuerzas propiamente mágicas.

***

Relacionando estas consideraciones con lo narrado sobre la superstición ó creencia en el *'ain*, pueden fijarse con la exactitud posible sus caracteres esenciales. En el fondo de toda operación, de todo acto de Magia, y, por consiguiente, en el *mal de ojo*, hay un deseo vehemente que el hombre primitivo no sabe contener, educar, acompañado de representaciones más ó menos intensas que proyecta, de todo en todo, fuera de sí. Al objetivar su deseo, lo concibe como una fuerza oculta, transmisible á distancia, *'ain*, *rûh'*, *nefs*, *mana*. Cuando proyecta, fuera de sí, el deseo, lo acompa-

ña de un gesto, porque la intensidad de la representación determina este gesto; cumpliéndose así la ley psicológica, según la cual, la idea del movimiento no es sino el movimiento ya comenzado, y, este movimiento es, sencillamente, el gesto mímico, es decir, el rito de magia imitativa ó el signo fonético de la representación; esto es, el nombre. De ahí la virtud mágica de la palabra. En suma, las varias formas de exteriorización del espíritu, la mirada, el gesto, el movimiento muscular, la palabra, todo tiene, desde tal punto de vista, carácter mágico.

Por tanto, el *mal de ojo,* como todo acto mágico, ha menester para su producción dos condiciones: un impulso interno (fuerza mágica); su manifestación exterior. Y tal exteriorización se verifica según las leyes fundamentales de la energía psíquica: el maleficio causado por la mirada se destruye con otra mirada: el daño proveniente de los efluvios del *'ain* se contrarresta con emanaciones olorosas, ó sea por verificación de las leyes de identidad ó semejanza de las ideas ó de los recuerdos. Pero el impulso, la fuerza mágica, *'ain, mana,* no es una fuerza normal, habitual. El hombre primitivo no la hace entrar en juego más que en condiciones especiales: no considera el actò mágico como un acto cualquiera.

Sintetizando las indicaciones precedentes sobre el *'ain* y demás hechos mágicos, puede decirse que la Magia, inventada bajo el imperio de la necesidad, no viene á ser más que la objetivación del deseo bajo la forma de una fuerza especial, extendida, ligada á gestos representativos del fenómeno apetecido y que produce mecánicamente este fenómeno.

Veamos ahora las conclusiones derivadas, según las Sociología, de los anteriores conceptos acerca de la Magia y, consiguientemente, del *'ain.*

* * *

Si se supone que el hombre primitivo exterioriza esta fuerza mágica tan á la perfección que concluye por personificarla, se tendrá la génesis de la idea de divinidad. Por otra parte, como el mago proyecta toda la fuerza de su voluntad en el acto imitativo, en el objeto de que se sirve, en el nombre que pronuncia, el objeto llega á ser un fetiche, el nombre llega á ser un demonio, un dios. El *mana,* la fuerza mágica es, según expresión de Hartland, un *teoplasma.* Según esto, la divinidad es y no puede ser sino antropomórfica, por cuanto es la objetivación psico-física del hombre en los fenómenos. He aquí lo que apellidan los sociólogos teísmo, diferenciado de lo mágico en que la oración sustituye al encanto y en que mientras el mago mandaba á la Naturaleza, el fiel observa respecto al dios á quien pide, una actitud expectante, receptiva.

Mas la evolución de la Magia se verifica también en un sentido distinto del teísmo: experiencias repetidas muestran al hombre que con ciertas prácticas se obtiene siempre resultado, aunque se simplificase el rito. ¿Por qué?, se diría por primera vez; por que se acomodan á la naturaleza de las cosas. Así debió de aparecer la lógica racional. Por entonces debió de atribuirse, durante lapso grande de tiempo, los fenómenos á *propiedades* de las cosas, concepto análogo al de fuerza mágica y del que deriva directamente. Aun hoy mismo no ha rectificado la Ciencia este concepto, ya que en último análisis no va más allá de la noción de energía; en tal sentido ha podido decirse que el concepto de los hombres primitivos se parece á las modernas ideas dinamistas acerca del Universo. Así, Ciencia y Teísmo son á modo de vías divergentes que parten de la Magia, con este carácter diferencial importantísimo: que la inferencia *à priori,* el carácter apriorístico del teísmo, ha sido substituído por el razonamiento *à posteriori* de la Ciencia; importantísimo, porque esta sustitución entraña una conquista que es, seguramente, uno de los acontecimientos más transcedentales en la historia humana.

* * *

Como las necesidades á cuya satisfacción responde ó subviene la aparición de la Magia son necesidades colectivas, lluvia y calor para los campos, casa para el alimento inmediato, etc., la Magia es, en su origen, una creación colectiva ante todo; obra del *clan,* las representaciones mágicas son colectivas y, como tales, se imponen al sujeto individual.

Por la acción del tiempo se produce una escisión en el conjunto de las prácticas correspondientes á estas creencias colectivas. Ocurre que algunos sujetos cuyo interés se halla en pugna con el interés general las aplican á fines personales exclusivamente ó en daño del todo social *(clan).* De ese modo ha nacido, junto á la magia lícita—y aun obligatoria—(religión), que mantiene la vida de la sociedad, una magia perjudicial, ilícita, y como tal, prohibida, puesta en entredicho ó apenas tolerada (sortilegio). Las religiones que llegaron á establecer sus dogmas han prohibido el sortilegio, aunque afirmando la realidad de éste como una verdad de fe. Por eso hemos visto que el Islam ha consagrado la creencia en el *mal de ojo;* y lo mismo ha hecho con el conjunto de sortilegios (brujería). Visto así ese conjunto, se presenta como una *antirreligión;* de este modo se comprende su carácter anormal; no solamente todo lo secreto parece cosa de sortilegio, sino también que todo sortilegio, por estar prohibido, se oculta. El Ocultismo aparece contrapuesto á la religión, que, por instinto de conservación, lo condena: todo ello no es obstáculo para que la religión y el sortilegio deriven de la Magia.

—

Otros hechos se señalan como comprendidos en la Magia y sin incluirlos entre los sortilegios ni entre las prácticas religiosas no prohibidas ni permitidas, por más que la ortodoxia no los mire con buenos ojos. Tales son los usos clasificados en el folk-lore; por ejemplo: carnaval *(farâya);* el fuego de San Juan *('ancera).* Los musulmanes puritanos los rechazan, y los tolerantes consienten su práctica al pueblo, á las mujeres y á los niños. Verdaderos fósiles de la Sociología, estas prácticas son por eso dignas de singular atención: representan prácticas mágicas antiquísimas, que tuvieron fuerza religiosa, y desintegradas, en cierto modo, de la religión. Por lo demás, las representaciones ligadas á estas prácticas, los mitos que personificaban, las creencias que reflejaban, han desaparecido casi en totalidad y debemos ó podemos reconstituirlas con los restos de los ritos que subsisten aún; se los ha denominado con el término expresivo de *supervivencias.*

No faltan sociólogos que ven en el movimiento espirita presente un asombroso renacimiento de la magia no religiosa, como una etapa de su evolución: que lo que ahora se

apellida espiritualismo no es más que un retoño de la vieja nigromancia (magia negra). Cierto es que se ha comparado al mago á un médium que opera por autosugestión..... que el culto de los fetiches reconoce por causa el magnetismo; que la creencia en los manes reconoce como origen la telepatía. Sea de ello lo que fuere, justo es consignar que deshechas, en nuestra época, tantas viejas é infundadas creencias, buscan la verdad, sus adoradores, con pureza de motivo. Si del estudio de los fenómenos psíquicos se viene en conocimiento de la coincidencia entre la teoría de la objetivación del deseo conque se explica la Magia y la doctrina que Rochas expone sobre lo que llama «exteriorización de la motricidad», debemos felicitarnos de que se llegue á un mismo resultado para la resolución de los más importantes problemas respecto al Psiquismo, por vías aparentemente tan diversas como el sentimiento y el libre discurso.

A. M. PAJARES

Agradecemos el envío que se nos hace de un ejemplar de **El Ocultismo ayer y hoy**, del Dr. Grasset, traducción española del señor González Carreño. El libro, que en Francia tuvo gran éxito, resulta voluminoso. Cuesta sólo 5 pesetas.

Nos ocuparemos de él. Hoy nos falta espacio.

¿SE HA COMUNICADO EL ESPÍRITU DE LEFEBVRE?

DICE STEAD

Abrir una Oficina de comunicación entre este mundo y el *siguiente*, esto que parece á muchos una proposición fantástica, es, sin embargo, lógico y práctico.

Todas las grandes religiones se fundan en la convicción absoluta de que existe otro mundo. Numerosos documentos religiosos hablan de la vuelta de las almas desde el más allá de la tumba.

Los filósofos han argüido en favor de la probable persistencia de la personalidad *post mortem*. De un modo casi general, el instinto de la raza humana afirma la verdad de una existencia después de la muerte. Pero hasta el presente, la existencia de esta vida futura no ha sido objeto de un examen científico. ¿Qué tiene, pues, de extraño el intento de someter esta gran hipótesis á una serie de experiencias efectuadas bajo la garantía de las más grandes precauciones?

Los sabios están ávidos de descubrir si hay habitantes en Marte. Discuten seriamente la posibilidad de hacer señales desde nuestro planeta á los seres que puedan habitar en ese otro lejano. Y cuando yo propongo el estudio y la experimentación dirigidos á asegurarnos de si los seres amados que hemos perdido pueden comunicar con nosotros, ¡qué de protestas! ¡Qué gritos de indignación y de horror! ¡Qué ridículo, qué aberración! Se dice: Esto es absurdo, monstruoso, y no sé cuántas cosas más.

Á todos estos gritos, risas é insultos, yo respondo que es razonable, al menos, ensayarlo. Los métodos empleados son sencillos y prácticos, y los resultados han justificado con exceso la tentativa. Ello es tan simple como la solución del huevo de Colón.

La hipótesis que todas las religiones, la mayor parte de las filosofías y el instinto general de la Humanidad sugieren á nuestro entendimiento, es, que después del cambio que se llama muerte, la personalidad sobrevive. Si esto es así, lo que procede para demostrar la verdad de tal hipótesis es procurar la comunicación con alguno de los desaparecidos. Si resulta imposible, la hipótesis quedará en pie, ya que la personalidad puede existir á pesar de la falta de esa prueba. Si, por el contrario, la comunicación se establece, los que se encuentran al otro lado probarán la continuación de su existencia de una vez para siempre. La hipótesis se trocará en realidad.

Yo he creado la *Oficina de Julia* para someter esta cuestión á una prueba severa. El resultado ha superado mis esperanzas. Al principio me decía que si solamente en un caso entre diez—lo mismo podría haber dicho en un caso entre un millón—la existencia de la vida después de la muerte podía ser perentoriamente demostrada, esto sería bastante para justificar mi iniciativa. Pero el término medio de los resultados felices es muy superior á un caso entre diez; se aproxima á cinco entre diez. Es decir: que de diez casos en los cuales las personas han pedido á la Oficina comunicación con sus muertos, lo menos en cinco han declarado que están absolutamente convencidas de haber recibido pruebas concluyentes de que sus muertos han estado en comunicación consciente con ellas.

Á cada persona que desea entrar en relación con los muertos se le ruega que fije ella misma, antes que la Oficina acepte la tentativa, los hechos que considere como prueba irrefutable de que ha estado en comunicación directa con el desaparecido. Es sorprendente ver la confusión de los pensamientos que asaltan al sujeto.

No hacemos ahora más que empezar. Hemos tendido un alambre por encima del río de la muerte, línea por la que podemos comunicar con los que están al otro lado. Esto es un comienzo. Más tarde tenderemos otras líneas, un puente colgante será construído, y vendrá tiempo en que un puente de sólida armadura unirá las dos riberas; puente con la ayuda del cual los vivos y los muertos podrán establecer comunicaciones regulares y constantes. Es imposible, dado el poco tiempo de que dispongo, describir con pormenor é indicar las pruebas obtenidas por las personas que se han dirigido á nuestra Oficina. Ya tendré ocasión de hablar de ello muy pronto.

Es más interesante ahora relatar un incidente notable que se produjo la semana última en la *Oficina de Julia*. Se sale del cuadro de los asuntos ordinarios de la Oficina; pero, como esclarece un aspecto de sus operaciones, merece ser citado con algunos detalles. Los miembros de la *Oficina de Julia* de Mowbray House, se reúnen todas las mañanas á las diez para conferenciar con su directora que, visible á los clarividentes, ocupa el sillón presidencial del Círculo, Después de las plegarias y de una breve lectura, se leen los mensajes recibidos por los secretarios automáticos de Julia. El clarividente, cubriéndose la cara con las manos, describe las formas que él ve, aunque son invisibles para los demás, y repite los mensajes que recibe. Generalmente éstos se refieren á asuntos de la Oficina; pero algunas veces los espíritus, atraídos por las vibraciones simpáticas producidas por la pequeña reunión, se aparecen y dirigen mensajes á los presentes.

De una de estas intervenciones inesperadas voy á ocuparme.

Ocurrió durante la mañana del jueves 16 de Septiembre. El día precedente había prometido á la princesa Wiassemsky acompañarla á Mourmelon-le-Grand, cerca de Châlons, para asistir á unos ensayos de aeroplano que debía ejecutar su hijo el lunes siguiente. Después de haber recibido dos breves mensajes de Julia, dijo el clarividente:

—Oigo otra voz que habla.

Á continuación cito las notas tomadas del *carnet* del secretario:

—Si va usted á Châlons yo voy con usted.

MR. W. T. STEAD. —¿Quién es el que habla?

EL CLARIVIDENTE. —He muerto hace algún tiempo; mi nombre es «Lefebvre».

(Por extraño que parezca, este nombre no evocó en mí ningún recuerdo. Yo estaba en el extranjero cuando Lefebvre se mató, y pensé que éste podía ser alguno que murió hace bastante tiempo.)

Ningún miembro del Círculo reconoció este nombre.

MR. W. T. STEAD. —¿Conoce usted el aeroplano de Bolotoff?

—Sí. Decid á ese joven que no sea demasiado temerario, pues es muy probable que su motor no marche normalmente. No creo que sufra lo que llamáis un accidente; pero que examine concienzudamente su motor; conviene moderar su impetuosidad. No suba usted con él. Me es preciso ir allá con usted, pues deseo escribir en seguida sobre este asunto con vuestra intervención.

MR. W. T. STEAD. —¿Bolotoff os conocía?

—No: yo le encontré.

MR. W. T. STEAD. —¿Qué hacíais en esta vida?

—Era mecánico.

Otro espíritu se pone entonces á hablar y el incidente queda así.

Al día siguiente, Julia, durante el curso de sus comunicaciones, dejó esta nota: «Este hombre llamado Lefebvre dice que va con usted á Châloms. Espera que irá usted».

MR. W. T. STEAD. —Preguntad á Lefebvre si es uno que se mató á consecuencia de un accidente de aeroplano.

—Sí; creí que usted lo sabía.

MR. W. T. STEAD. —Podéis comunicar directamente conmigo. ¿Habláis inglés?

—No, no mucho *(non, pas beaucoup)*; pero yo transmito mis pensamientos al médium y éste los traduce al inglés.

MR. W. T. STEAD. —¿Conocíais á Bolotoff?

—Me encontré con él. Creo que su triplano es muy bueno; pero hará bien en vigilar su motor y ver si todo marcha bien.

MR. W. T. STEAD. —¿Qué es lo que ha causado vuestra caída tan rápida?

—No tuve tiempo de pensarlo. No hay mucho tiempo de pensar cuando se cae.

MR. W. T. STEAD.—¿En vuestra caída tan inesperada conservásteis la sangre fría?

—He aquí lo que sentí: Tuve conciencia de que caía, pero antes de tocar á tierra había perdido el conocimiento. No sentí ningún dolor ni ninguna sensación en mi cuerpo físico. Me pareció que mi espíritu era proyectado fuera. Experimenté una sensación de rotación rápida, luego algo cedió súbitamente y me encontré en el aire, viendo debajo de mí mis restos mortales y el aparato. Esto no era desagradable. Me di cuenta también de que un sér muy poderoso que me calmaba estaba cerca de mí, y mañana este mismo sér ensayará escribir por vuestra mano cuando estéis en Châlons.

El sábado por la tarde, 18 de Septiembre, telefoneé á M. Bolotoff haciéndole la advertencia que había recibido á propósito de su motor, diciéndole que provenía de un espíritu que decía llamarse Lefebvre. Me respondió que estaría sobre aviso.

El lunes fuimos á Mourmelon. El motor, concienzudamente reconocido, parecía funcionar muy bien. Nadie entre los expertos podía pensar que este motor pudiese ocasionar disgustos. Era un Panhard de cuatro cilindros. Había sufrido tantas pruebas y había sido ensayado con tanta frecuencia que parecía imposible que fallase.

Pero á las seis, cuando M. Bolotoff subió á su sitio, fué imposible hacer marchar la máquina. Algo no funcionaba bien; la manivela de puesta en marcha se rompió y, á nuestro pesar, los ensayos tuvieron que ser abandonados.

Dejo á otros la tarea de explicar el fenómeno. En cuanto á mí, me contento con salir garante de la exactitud absoluta del relato que acabo de hacer, exactitud que confirman la Memoria estenográfica así como las declaraciones de cuatro ó cinco personas que oyeron esta advertencia.

W. T. STEAD

■■■

L'Echo du Merveilleux, órgano del *satanismo* francés, pone este comentario al precedente artículo, antes de insertar una carta de refutación, aparecida también en *Matin:*

Ciertamente, si Mr. Stead hubiese podido convencernos de que su comunicante misterioso era el aviador Lefebvre, el éxito hubiera sido tal que habría provocado una emoción muy grande.

Pero, ¿cómo inculcar en nosotros la fe que á él le anima?

Siguiendo en esto el método y la cortesía de Gaston Mery, afirmamos que no somos escépticos profesionales. Un fenómeno que se produce fuera de los límites oficiales de la Ciencia, no lo acogemos con risas ni lo negamos neciamente.

Pero si no acogemos este fenómeno con un escepticismo preconcebido, al menos ensayaremos examinarlo con un espíritu crítico y pasarlo por el tamiz de la razón.

Para convencernos de la identidad del «espíritu Lefebvre», Mr. Stead invoca la espontaneidad de su comunicación. Lefebvre se presenta y se nombra él mismo, cuando por la Oficina receptora se ignoraba su muerte trágica.

Segundo argumento: Lefebvre ha predicho que otro aviador, Bolotoff, tendría un accidente en el motor, y esta predicción se ha realizado.

En fin, elementos que permiten mejor identificarle. Lefebvre ha declarado que era mecánico, que sabía un poco inglés y que en el momento de su caída había perdido el conocimiento antes de tocar en el suelo.

En vez de creer, como Mr. Stead, que Lefebvre se le manifestó, nosotros decimos que uno de estos *amorales* de que hablaba G. Mery * ha aprovechado la trágica muerte de

* Léase *Demonios*, recordando lo dicho por G. Mery, que nuestro lectores ya conocen.—(N. DE LA R.)

Lefebvre para mejor inducir á error á Mr. Stead. Decimos también que la predicción hecha acerca del motor de M. Bolotoff es pueril.

***

He aquí ahora la carta dirigida á *Matin* por Ch. Lambert, jefe de la casa en que servía Lefebvre:

Señor redactor jefe: Vuestro diario ha prodigado las pruebas de gran simpatía hacia el aviador Eugenio Lefebvre, á raíz del espantoso accidente que le costó la vida.

Permitidme, pues, que os haga partícipe de la dolorosa sorpresa experimentada por sus amigos al leer el artículo que aparece hoy con la firma W. T. Stead. Aunque mandatario autorizado de la familia Lefebvre, no quiero agravar ni renovar su dolor, haciéndola intervenir en esta circunstancia.

Amigo de Eugenio Lefebvre hace quince años, habiendo tenido á este valeroso joven bajo mis órdenes directas durante diez años en la más afectuosa colaboración, puedo hablar de él y de su íntimo pensamiento con verdadero conocimiento de causa. Afirmo, pues, que el error es grande, y equivocado el concepto sobre su mentalidad.

Con toda certeza puedo decir que si él hubiese tenido la posibilidad de comunicar con nosotros, no se habría interesado por M. Bolotoff, *á quien no conocía,* y más probablemente hubiera transmitido á los suyos recomendaciones más serias y más graves. Pura hipótesis—me diréis.—Sí; pero menos desatenta para la memoria de mi discípulo y amigo.

Para los que le han conocido son inverosímiles las contestaciones que se le atribuyen.

1.° MR. W. T. STEAD. —*¿Qué hacíais en esta vida?*

RESPUESTA (!!!). —*Era mecánico.*

Nunca se expresó él así.

Eugenio Lefebvre, poco tiempo después de su salida del Instituto Industrial de Lille, entró en mi oficina como alumno ingeniero; fué en seguida jefe de servicio, y durante seis años ha estado encargado del estudio y ejecución de trabajos frigoríficos muy importantes *. Ejercía, pues, la profesión de ingeniero, y añado que alguna vez le bromeé amigablemente sobre su puerilidad de procurar que ese título de ingeniero fuese consignado en todos los planos ó estudios técnicos de que él era responsable.

No ha sido jamás *mecánico* en el sentido francés de esta palabra, es decir, conductor de máquinas; pues tenía, con justicia, la pretensión de ocupar un rango más elevado en la jerarquía industrial, y él procuraba cuidadosamente establecerlo bien.

2.° MR. W. STEAD. —*¿Habláis inglés?*

RESPUESTA. —*No, no mucho; pero yo transmito mis respuestas al médium* y *él las traduce en inglés.*

Lefebvre no sabía una palabra de inglés, ni habría podido apreciar aproximadamente un texto impreso en esta lengua. Á pesar de mis instancias reiteradas, descuidó siempre ese estudio, y por esta razón no me acompañó á Inglaterra para trabajos muy importantes.

3.° MR. W. T. STEAD. —*¿En vuestra caída habéis conservado la sangre fría?*

RESPUESTA. —*Me di cuenta de que caía; pero antes de tocar á tierra había perdido el conocimiento. No sentí ningún dolor.....*

La información ha probado con evidencia que mi desgraciado amigo fué muerto *en tierra* de un golpe del ala de la hélice de estribor, que no pudo alcanzarle sino después del choque contra el suelo que, despidiéndolo de su silla, lo lanzó al radio de acción de esta hélice.

La pérdida anterior del conocimiento no podría, pues, ser atribuída más que á un terror intenso *; pues bien, ya había demostrado Lefebvre en Reims que era inaccesible á este sentimiento.

4.° *El motor del aparato de Bolotoff no funcionó el 18 de Septiembre, día de la visita de Mr. Stead.*

Á todos consta que en los motores ligeros de aeroplano el buen funcionamiento es una excepción, y no puede extrañar que Mr. Stead haya sido testigo de un accidente *habitual.*

Espero que después de estas explicaciones las almas cándidas se tranquilizarán, y que el caso será comprendido por todos los que no sean crédulos ni estén interesados en la *Oficina mercantil Julia.*

Habéis cuidado de presentar á Mr. W. T. Stead á vuestros lectores: se sabe que ha adquirido en la literatura comercial de su país un puesto elevado. Se le tiene por un ardiente partidario de la *entente* cordial. Permítanos decirle que no conseguirá éxitos en Francia en sus empresas comerciales ó de otra clase, si no mira con respeto *nuestros usos y nuestras legítimas susceptibilidades* **.

Rendimos en Francia culto á la memoria de los muertos: este Eugenio Lefebvre pertenece no sólo á su familia, sino también á todos los franceses, por su fin glorioso.

Espero, pues, señor redactor jefe, que esto será para usted razón suficiente para no continuar una información que no tendrá ya la excusa de una aparente buena fe, y que ha renovado cruelmente dolores y recuerdos intensos.

Os doy gracias anticipadas; recibid la expresión de mis más afectuosos sentimientos.

CH. LAMBERT,
INGENIERO DE ARTES Y MANUFACTURAS
Calle de Amsterdam, 52. París.

Comentando esta carta, escribe *L'Echo du Merveilleux* que el supuesto espíritu de Stead queda completamente destruído.

Nosotros, dejando á posteriores investigaciones la mayor aclaración de aquel supuesto, no opinamos, sin embargo, como *L'Echo du Merveilleux.* Y no opinamos de aquel modo porque nos parece una puerilidad el supuesto de que Lefebvre, de poderse comunicar después de muerto, lo habría hecho con otro objeto que el de advertir al aviador inglés la posible avería de su motor. Si de las intenciones de un viviente es dificilísimo juzgar, parécenos más que atrevido afirmar de aquel modo rotundo lo que el espíritu de Lefebvre haría ó dejaría de hacer, desconocidas como son todas las condiciones y circunstancias que le afectan actualmente.

Que Lefebvre, en vida, se hiciera titular en todas circunstancias *ingeniero,* no hace inverosímil que ahora haya dicho *mecánico.* En primer término, observamos que si la comunicación con los muertos se establece por telepatía, como es de suponer, la transmisión del pensamiento se logra mejor cuando éste expresa algo objetivo. *Ingeniero* es mucho más abstracto que *mecánico,* y esta idea, más objetivada, pudo llegar mejor al espíritu y al cerebro del médium,

* Hemos leído en una biografía suya que el malogrado aviador, al salir de Lille, estuvo encargado de montar instalaciones figoríficas en barcos rusos y argelinos, y después tuvo un establecimiento de automóviles y accesorios en París.—(N. DE LA R.)

* Subrayado por la Redacción.
** Idem íd. íd.

máxime cuando no se transmitía la palabra sino un significado objetivo, pues la idea había de ser expresada en un idioma desconocido por el transmitente.

Y después de todo, bien puede suponerse que ciertas pequeñeces se queden aquí, y que si nuestro espíritu supervive, sienta desprecio por ellas y aun procure hacer patente ese desprecio.

También es de suponer que el *espíritu* posea con más claridad todos los conocimientos que en vida adquirió. Y si en los de sonambulismo está comprobado que se recuerdan y expresan cosas que al parecer no habrían impresionado nuestro cerebro, y que, sin embargo, estaban allí ó en nuestra subconsciencia, es lógico pensar que, pues Lefebvre habría oído, visto y leído inglés, aunque sin aprenderlo, esto es, sin adquirir conciencia de ello, su espíritu conservase todo aquello, y de lo que en vida y en estado normal nada sabía, luego—como hubiera podido ocurrir en un estado sonambúlico,—supiese algo, y aún podría ser que mucho. El *pas beaucoup* no es, pues, un dato contra la identidad del espíritu de Lefebvre.

Que Lefebvre muriese *en tierra* de un golpe, y que antes perdiera el conocimiento, es perfectamente compatible, sin que por fuerza haya de explicarse por *el terror* su desvanecimiento; terror por otra parte bien explicable en todo hombre, por sereno y esforzado que él fuera. La acción fisiológica de la caída explica cumplidamente la pérdida del conocimiento, total ó parcialmente, y el Sr. Lambert es víctima de una susceptibilidad incomprensible, rechazando como ofensivo para Lefebvre un efecto fisiológico á que cualquier organismo humano está subordinado.

Pero dejemos al propio Stead la defensa que de su proceder hace en la siguiente carta á *Le Matin:*

Londres, 27 de Septiembre.

Señor redactor jefe: Me ha llamado la atención una carta aparecida en el número del sábado de *Le Matin,* carta firmada por M. Carlos Lambert.

Este señor da razones en las cuales basa su opinión para probar su escepticismo en cuanto á la identidad de la inteligencia invisible que declaró llamarse Lefebvre, quien ha comunicado á la *Oficina Julia* la predicción del accidente acaecido al motor del aeroplano de M. Serges de Bolotoff.

Respeto todas las objeciones que se me hacen. No soy un dogmático; soy un experimental. Estoy siempre dispuesto á abandonar cualquiera de mis hipótesis cuando otra hipótesis me parece dar un explicación más plausible de los hechos que están reconocidos.

Pero antes de examinar las objeciones de M. Lambert, permítaseme manifestar que ha olvidado en este punto la cortesía propia de la nación francesa y la seriedad que debe esperarse de un hombre de su profesión. Trata, en efecto, con menosprecio de la *Oficina Julia,* como si fuera ésta un centro de negocios. Yo mismo pago de mi bolsillo todos los gastos de la Oficina, que se elevan á cerca de 25.000 francos por año, y no veo cómo en estas condiciones M. Lambert, podría justificar su desdén inmerecido.

Iría más lejos diciendo que M. Lambert me parece que no ha conocido el punto esencial que hace de la comunicación de Lefebvre un caso tan notable. Imagino que el motor en cuestión era, según sus propias palabras, «un motor ligero de aeroplano, cuyo buen funcionamiento es una excepción».

Si esto fuera así, la crítica de M. Lambert estaría justificada. Pero es precisamente lo contrario. El motor de M. Bolotoff es de cuatro cilindros, y funciona con toda regularidad; montado sobre la famosa canoa automóvil *La Ropière* ha ganado todos los premios de Monte-Carlo.

Que tal motor, que ha marchado durante veinticuatro horas sin una interrupción, sufra un accidente el día del ensayo del aeroplano, es bastante inexplicable. Se podía esperar todo menos eso.

Sólo una persona ha adivinado dónde podía residir el peligro, y ésta ha sido el espíritu invisible que decía llamarse Lefebvre. Naturalmente, esto no prueba que este sér invisible sea el valiente ingeniero francés de este nombre; pero se me concederá que, al menos, hay que asegurar que el que pretendía llamarse Lefebvre sabía lo que hablaba, y que poseía conocimientos equivalentes á los del malogrado aviador.

Es bastante difícil probar que cuando se le ha reclamado al nombre de Lefebvre, y pretendiendo poseer su personalidad, este espíritu ha mentido voluntariamente.

Veamos cómo M. Lambert justifica sus ataques contra nuestra buena fe.

En primer lugar, M. Lambert estima que Lefebvre no se designaría jamás con la calificación de *mecánico;* su rango era el de un ingeniero.

Haré notar que al otro lado de la tumba los espíritus no parecen ser tan puntillosos, en lo concerniente á sus títulos, como cuando pertenecían á este mundo. Recuerdo haber dudado de la autenticidad de un mensaje referente al porvenir de Austria-Hungría porque estaba firmado así: «Otto von Bismarck»; y sabido es que no firmaba así Bismarck cuando era Príncipe y Canciller. La respuesta no se hizo esperar: «¡Aquí no soy más que Otto von Bismarck!»

Pero el caso ahora es otro. Para comprender bien la significación de esta respuesta, *Era mecánico,* es preciso darse cuenta de la razón por la cual le había preguntado lo que hacía. Como ya he expresado, su nombre no había evocado en mí ningún recuerdo, y cómo había dicho que murió hacía ya tiempo, me pregunté si sería uno de los compañeros de Montgolfier ó de los primeros aeronautas. Mi pregunta completa fué: «¿Érais un aeronauta ó un ingeniero?; ¿por qué os interesan los aeroplanos?» La respuesta natural á esto no era la de indicarme su rango en la sociedad, sino más bien la razón secreta de su interés con los aeroplanos. No era un aeronauta, sino un mecánico. He aquí la respuesta á la primera objeción.

M. Lambert dice después que Lefebvre no sabía una palabra de inglés, y que el espíritu invisible me había respondido «que no sabía mucho». De ahí saca la consecuencia que no era la misma persona.

Lo que entiendo con esto es que el espíritu invisible quiso decir que podía quizás comprender algunas palabras en inglés, como «sí», «no», «¿cómo está usted?» y pequeñas frases parecidas, pero que no podía sostener una conversación. Nada hubiera tenido de particular que Lefebvre hubiese estado versado en el conocimiento de la lengua inglesa. La segunda objeción de M. Lambert confirma mi hipótesis puesto que no la destruye.

En fin: la tercera objeción se funda en una suposición de M. Lambert, que no puede justificarse con nada de mi primer artículo.

No he pretendido decir jamás que Lefebvre haya tenido miedo. Todo lo que me declaró es que fuera de la sensación que había experimentado durante su caída, no se había dado cuenta de más hasta que volvió en sí de esta especie de vértigo y vió debajo de él su máquina rota.

De lo que dice M. Lambert no hay nada que sea contra-

rio á estas declaraciones. La muerte debió sobrevenir instantánea cuando tocó en tierra, y probablemente quedó aturdido por el choque antes de darse cuenta de la causa del accidente.

De cualquier manera, el argumento consiste en saber lo que Lefebvre ha sentido en una fracción de segundo, y yo quiero mejor admitir que el valiente aviador no ha sufrido al morir.

Las objeciones de M. Lambert me parecen, pues, sin importancia.

Pero aún queda la más grande y verdadera objeción, que deja atrás estas cuestiones de palabras.

¿Por qué Lefebvre no ha comunicado con sus parientes ó sus amigos, en lugar de hacerlo con la *Oficina de Julia?*

Estas razones son simples para todo aquél que tenga alguna idea del más allá.

La primera es que el dolor de los supervivientes forma una barrera temporal, pero insuperable entre los muertos y los que guardan su duelo. Esta barrera existe hasta tanto que los supervivientes no han secado sus lágrimas y aceptado con sumisión la pérdida de los seres amados.

La segunda razón es aún más convincente. Pongamos un ejemplo: Si quiero telefonear á París, no telefoneo á la persona que quiero, sino á la que tiene un receptor telefónico. Luego la *Oficina de Julia* ha permitido precisamente á Lefebvre entrar en comunicación conmigo. No conozco otra Oficina de este género ahí, por medio de la cual pudo él comunicar con sus parientes y amigos.

Antes de terminar quiero hacer que conste mi profundo pesar por si la publicación de mi artículo pudo causar alguna pena á los que han sufrido cruelmente por la muerte de Lefebvre. Sin embargo, no puedo creer que mi declaración hecha tan de buena fe pueda ser para los supervivientes más que un consuelo. Ella prueba, en efecto: 1.° Que Lefebvre vive siempre. 2.° Que no ha sufrido al morir. Y 3.° Que ha sido capaz de establecer una comunicación con este mundo. Y es de esperar, naturalmente, que éntre más tarde en comunicación con los que han sido sus íntimos.

De usted, señor redactor jefe, atento y afectísimo,

W. T. STEAD



La policía y los clarividentes

Por primera vez en Francia han servido las maravillosas facultades de una clarividente para que la policía descubriera un robo. *Le Matin* del lunes 18 del corriente da cuenta del hecho que vamos á referir.

En Gan, cerca de Pau, en la riberas del *Jurançon* productoras del buen vino tan grato á Enrique IV, nació la heroína de este acontecimiento, que ha secuestrado la atención pública en toda aquella región.

Tiene diez y nueve años, es sirviente doméstica de un médico que sólo ve en ella una histérica. De ella, sin embargo, se venían contando unas cosas extrañas.

Inopinadamente, á cualquier hora del día, Enriqueta—así se llama la joven—cierra los ojos, queda dormida, pero continúa andando y hablando como si estuviera despierta.

Hace dos años, un día de verano, Enriqueta entró en el establo de la granja donde presta sus servicios, para ordeñar las vacas.

De pronto salió corriendo, agitando los brazos y gritando despavorida:

—¡Acaban de matar á mi padre de un tiro de escopeta!

El hecho era exacto. Sorprendido en conversación amorosa con una mujer casada, el padre de la sirviente había sido muerto de un tiro cuando trataba de huir por los tejados.

Pero vamos al caso de ahora, que ha sido referido á un redactor de *Matin* por un colega del doctor Meunier, víctima del robo.

Hallándose éste el pasado verano en Aguas Buenas, donde establece en la temporada una consulta, el 31 de Agosto entraron ladrones en su casa, fracturaron los cajones de su despacho y le robaron 3.000 francos.

Todas las pesquisas hechas por la policía para descubrir á los autores del robo fueron inútiles.

En vista de ello, el doctor Meunier escribió al jefe de Seguridad de Burdeos, y éste envió á Pau dos agentes de las brigadas móviles.

Dichos agentes dedicáronse á practicar pesquisas; pero no lograban saber nada serio, y ya desesperaban de salir victoriosos de su empresa, cuando supieron que en Gan, pueblecito cercano á Pau, vivía una criada sonámbula, y decidieron servirse de ella.

Fueron á Gan, solicitaron el auxilio del doctor al que la joven sirve, y éste, aunque sin fe alguna en el éxito, la decidió á que se prestara á la experiencia, y él mismo, durmiéndola, la interrogó:

—¿Tú sabes quiénes son los autores del robo hecho á M. Meunier?

—No sé sus nombres.

—¿Pero no puedes verlos?

—Espere... Sí... los veo...

—¿Qué hacen?

—Trabajan en la vendimia.

—¿Dónde?

—En Jurançon, en las viñas.

—¿Hablan?

—Sí.

—¿Qué dicen?

—Espere... no les oigo... Hablan en voz baja... ¡Ah! ¡Sí! ¡Ya les oigo!... Son dos: un hombre y una mujer. La segunda dice al primero: «Los de Burdeos tendrán que irse como han venido.» Y él responde: «Nadie nos vió entrar ni salir».

—¿No sabes dónde tienen el dinero?

—No. No veo... ¡Ah! Sí.

Enriqueta levantóse de la silla, y sin abrir los ojos, salió de la granja y dirigióse al campo. Siguió el camino que va á Jurançon, y luego internóse en un bosquecillo.

Largo tiempo buscó, tentando árboles y apartando matas.

Al cabo dió con el pie en el suelo, en un extremo de una especie de claro, y dijo sencillamente:

—Aquí está.

La tierra aparecía removida recientemente. Cavaron los agentes y encontraron una cajita de hojalata. Dentro de ella había en billetes de Banco 2.800 francos. Sin duda, los ladrones habían retirado recientemente del escondite una parte de la suma robada. Retirada la caja del agujero fué apisonada la tierra, y la criada condujo á los agentes al pie de un árbol cercano. Cavaron éstos, y encontraron algunas prendas de ropa. Provistos de ellas, fueron los dos policías á Jurançon y comprobaron que dichas prendas habían pertenecido á un matrimonio dueño de una viña.

El matrimonio vendimiaba tranquilamente cuando los agentes les detuvieron. Negaron al principio los esposos; pero ante la evidencia de estar descubiertos concluyeron por confesar de plano.

Según parece, escondieron las ropas en cuestión porque un mendigo les había visto cuando salían de casa del doctor. Con objeto de que de día no les reconociese, decidieron no volver á vestirse con ellas.

Tipografía LA EDITORA.—San Bernardo, número 19, Madrid.

sidad de Montpellier. «Es—dice *,— lo *maravilloso precientífico*». Así, su obra, muy notable por más de un concepto, no trata más que de lo *sobrenatural*. Sabido es que bajo este nombre se comprenden generalmente los hechos que la Ciencia apenas trata de explicar. Estos hechos son en su mayor parte los que los espiritas atribuyen á los «espíritus» separados de sus respectivos cuerpos por la muerte; son las apariciones de fantasmas, llamadas también *materializaciones*, las mesas que se mueven y hablan, etc.

Conviene, sin embargo, aferrarse á la definición que el mismo Dr. Grasset ha dado, sin vacilar acaso acerca de su extensión. «El Ocultismo—ha dicho**,—no es el estudio de todo lo que aparece *oculto* para la Ciencia; es el estudio de los hechos que, no perteneciendo todavía á la Ciencia (me refiero á la ciencia *positiva* de Augusto Comte), *pueden* pertenecerle algún día.»

Entendido así, el Ocultismo se hace más extenso y abarca no sólo lo que aún no pertenece á una ciencia (la Psicología), sino á todas las ciencias.

Si el Ocultismo, según la opinión de Grasset, no se limita al Psiquismo, tampoco es un resumen de la ciencia de los magos de la antigüedad, como lo entiende Papus.

Para la Ciencia nada puede ser oculto, nada intangible. Si hay en el campo de los conocimientos humanos una región inexplorada, la Ciencia tiene el derecho y el deber de invadirla. Si los hechos que en esa región encuentra no entran en las categorías conocidas, tiene el derecho y el deber de crear categorías nuevas. No hay una ciencia, hay muchas. Pero método rigurosamente científico no hay más que uno: el Positivismo, pero en su sentido más amplio y más claro. Ahora, que todas las ciencias poseen cada una su parte todavía misteriosa.

En Biología, tenemos la herencia, con su complemento el determinismo. Se han ideado muchas teorías para explicarla; ninguna es satisfactoria. Se observa, se comprueba; no se explica nada.

En Química, encontramos la afinidad. También se ha demostrado, pero ¿se ha explicado?

En Física, tendremos todas las fuerzas: luz, calor, electricidad, hasta la gravedad. ¿Quién ha dado una razón convincente de todas ellas? Porque no basta decir que la combustión de un cuerpo produce calor y dar como razón última del calor la combinación con el oxígeno; es necesario explicar también esta propiedad del oxígeno. No basta decir que existe la gravedad. El mismo Newton lo ha hecho constar así, á pesar de ser el autor de la ley de la atracción, la mejor de nuestras leyes.

Si se desea buscar en otras partes, en todas surgirá un algo desconocido por el estilo. Este algo desconocido es el dominio del Ocultismo.

Los sabios antiguos, al igual de los modernos, sólo procedían por hipótesis. En presencia de lo desconocido, trataban de comprenderlo y emitían una hipótesis. Pero probablemente se preocupaban más que nosotros de lo que no acertaban á explicar. Eran menos prácticos y más teóricos. He ahí por qué descubrieron menos que nosotros en el terreno de la aplicación de las ciencias; pero mostrábanse más acertados en el orden teórico.

Desgraciadamente—ó felizmente, desde ciertos puntos de vista,—hemos descuidado sus adquisiciones teóricas, y hasta aquí, hemos venido considerando como *ensueños* sus conocimientos. Desde que se descubrieron los rayos X, sin embargo, ya no nos burlamos del *fuego frío* de los filósofos medioevales.

El Ocultismo, por consiguiente, debe comprender todos los hechos cuyas causas escapen al alcance de las ciencias modernas que las ciencias antiguas trataron de explicar y que en su día serán enteramente descubiertas.

Así, según una frase más feliz del mismo Dr. Grasset, «el Ocultismo es la tierra prometida de la Ciencia» ***.

En este sentido es como debemos entenderlo hoy.

---

* Dr. J. Grasset, *L'ocultisme hier et aujourd'hui*. (Acaba de traducirse al español.)
** Loc. cit.
*** Loc. cit.

Visto de esta manera, el Ocultismo contemporáneo no es una ciencia, ni aun un conjunto de ciencias. Es una tendencia. No debe ni puede, por otra parte, ser otra cosa.

Así es, que los ocultistas son más numerosos de lo que generalmente se cree, si bien es verdad que muchos de ellos jamás soñaron en calificarse de tales. Pero el público no se equivoca nunca. Para el público, un Moissan que descubre el diamante artificial es siempre un alquimista.

Se puede, pues, llamar con razón ocultista á cualquiera que se ocupa en buscar por medios racionales y positivos lo que hasta ahora se había declarado imposible, ó en explicar de un modo lógico y científico lo que se reconocía como inexplicable.

Esta tendencia actual toma cada día proporciones más y más grandes. Es, por tanto, necesario precisar las diversas ramas en que se basa.

III.—**Las investigaciones psíquicas.**

La rama más estudiada es, sin duda, la del Psiquismo. Sabido es cuán gran cantidad de hechos abarca. Camilo Flammarion, en una serie de artículos publicados en *La Revue*, ha dado á conocer cierto número, y de los más sensacionales. M. Emile Boirac, rector de la Academia de Dijon, ha tratado de clasificarlos en una erudita obra que titula muy acertadamente *La Psicología desconocida*.

Entre ellos están, desde luego, los fenómenos de hipnotismo y sugestión, que la Ciencia admite hoy sin vacilar. Desde los trabajos de Charcot, de Guys y de Rochas, se ha comprendido el valor de los hechos de este orden; se sabe que el hombre puede ejercer sobre su semejante una acción mental por medio de su voluntad. Sin embargo, se discute sobre el modo y causa de esta acción.

Viene en seguida el magnetismo animal. Sábese que éste es una hipótesis cuyo renovador en los tiempos modernos ha sido Mesmer. Según ella, el hombre puede emitir una especie de flúido y comunicarlo á los animales, á las plantas y aun á los minerales. De aquí resultan varios fenómenos: transmisión del pensamiento, transmisión de las sensaciones, exteriorización de la sensibilidad, de la motilidad, etcétera. Con ayuda de esta hipótesis se quiere explicar el hecho de la sonámbula que, dormida ó aun despierta, revela los pensamientos más secretos, los actos más íntimos de personas presentes que ella no conoce. Con ella también se quiere entender cómo, en sueños, se llega á veces á ver un suceso que ocurrirá mañana.

Hay, en fin, los fenómenos de la mediumnidad, generalmente llamados espiritas. Tal es, por ejemplo, el transporte á distancia de objetos que nadie toca. Obtiénense dichos fenómenos, sea sin médium conocido, como en el caso de las casas encantadas, sea con un médium, como ocurre en las sesiones de Espiritismo. Tal es también la aparición de fantasmas más ó menos completos que se observa en dichas sesiones espiritas.

El campo del Psiquismo es muy vasto. Muchos sabios no tienen hoy á menos aventurarse en él; pero la empresa está llena de dificultades.

Ante todo, se discuten los hechos. ¿Son reales ó fingidos? Es decir, ¿el observador presencia un fenómeno auténtico, ó es juguete de una ilusión ó de un farsante?

La experimentación es muy difícil. Hay que servirse de sujetos y de médiums que, por naturaleza y por oficio, casi diríamos por definición, se inclinan á engañar á los espectadores. El invierno pasado, el Dr. Gustavo Le Bon creó un premio para el médium que, sometiéndose á rigurosas condiciones, moviese un objeto sin tocarlo. Nadie se presentó á disputar ese premio. Mas lo cierto es esto: un médium verdadero (y hay muchos) podría ganarlo; pero, ¿qué médium puede estar seguro de su poder en un momento fijado de antemano? La mediumnidad es una facultad intermitente, y por eso mismo los mejores y más famosos médiums han sido cogidos haciendo trampas. Cuando su facultad mediúmnica se interrumpe, recurren á ese expediente.

Todos los médiums no son farsantes. Hay muchos que no dejan lugar á la menor sospecha, y esos son los que operan en familia, sin explotar sus facultades. Pero esos no po-

dian arriesgarse á ganar el premio Le Bon; la publicidad que se les hubiera dado les contrariaría. De este número era el célebre Victoriano Sardou.

Algunos prestidigitadores han querido demostrar que todo fenómeno espirita puede producirse con juegos de física recreativa; pero ese argumento vale bien poco. Porque pueda imitarse un fenómeno, no hay que creer que ese fenómeno no obedezca jamás á otras causas.

Todas estas discusiones han demostrado que la experimentación en el Psiquismo exige métodos muy rigurosos, y que en este terreno hay muchos progresos por realizar. Esto no ha detenido á los investigadores. El Instituto General Psicológico, que cuenta entre sus miembros sabios de tanta valía como MM. d'Arsonval, M. Branly, Mme. Curie, etcétera, no ha dejado de hacer experimentos; la Sociedad Universal de Estudios Psíquicos que dirige el doctor Joire no ha enmudecido, y lo mismo ocurre con la Sociedad Magnética de Francia, la Sociedad Psíquica de Nancy, la de Estudios Psíquicos de Milán, la de Investigaciones Psíquicas de Londres y demás asociaciones análogas de Viena, de Nueva York, de Melburne, etc.

Jamás se ha hecho tanto Espiritismo como ahora; pero jamás con menos espíritu de partido. Hay todavía muchos espiritas, pero ya no debe considerárseles sino como representantes de una teoría. Ellos pretenden que todos los hechos mediúmnicos son obra de un agente exterior al médium, el *espíritu* ó alma de una entidad desaparecida de este mundo.

Los teósofos prefieren creer que ese agente exterior al médium es un sér del otro mundo, una especie de ángel ó de demonio, si se quiere. Papus opinaba próximamente lo mismo.

Los doctores Grasset, Boirac, Richet y los científicos, por el contrario, tienden á creer en un agente interior del médium, es decir, en una facultad personal.

Las hipótesis pueden, aparte la diferencia de nombres, clasificarse en estas tres categorías. Pero no son éstas las únicas. Si las citásemos todas, no acabaríamos. ¿Cuál de ellas es la mejor? Hoy por hoy no se puede ni se debe elegir. Esperemos. Un porvenir próximo nos reserva acaso un descubrimiento que alumbrará con nuevas luces todo el Psiquismo, desde la sugestión hipnótica á los fenómenos espiritas.

IV.—**Las artes adivinatorias.**

Junto al Psiquismo hay otras ramas del Ocultismo que intrigan á los sabios.

Una de las primeras es el arte de la profecía.

En ésta, la experimentación es mucho más fácil que en el Psiquismo. Hay profecía cuando se predice un suceso que nadie puede prever. No se puede, pues, buscar su explicación en la telepatía, ni en la sugestión, ni en la reminiscencia consciente ó subconsciente, ni en ninguna otra causa psicológica. Hay que recurrir á hipótesis distintas.

Hay dos maneras de profetizar, y la primera de ellas es la profecía subjetiva. El sujeto describe lo que ve cerrando los ojos, sin entrar en trance, sin estar dormido. Claro es que muchas de estas predicciones son falsas; pero basta que alguna vez no lo hayan sido, para que la Ciencia se detenga á buscar sus causas lógicas y naturales.

Hasta ahora, no hay ninguna hipótesis satisfactoria para explicar este hecho. La mayor parte de las escuelas lo atribuyen á una entidad exterior al hombre, mientras los psiquistas científicos admiten un sentido especial en el sujeto, con lo que no van mucho más allá.

En cuanto á la profecía objetiva, es aún más extraordinaria. Por una parte se basa en la baraja de tarot y en la Geomancia; por otra, en la Astrología. En el tarot, si el operador proyecta al acaso algunas cartas sobre una mesa, su representación simbólica puede revelar un suceso futuro. Para interpretarla, hay reglas fijas que dejan poco campo á la imaginación personal. Se trata, pues, de un medio de adivinación mecánico.

Las predicciones así hechas son á veces asombrosas. Aun sin dirigirse á un brujo profesional, siempre sospechoso de charlatanismo, el operador, manejando por sí mismo la baraja, queda sorprendido del resultado.

Se ha querido incluir este hecho entre los fenómenos de mediumnidad; mas es el caso, que sin ser médium se puede profetizar con el tarot.

Lo propio ocurre con la Geomancia, medio de adivinación practicado por los árabes, y en el que el operador traza al azar, sobre un papel, cierto número de puntos, cuya disposición se interpreta por reglas fijas. Los espiritas, los teósofos y aun los psiquistas ven aquí un nuevo fenómeno de mediumnidad. Para las personas más positivas, se trata simplemente de la casualidad. Pero hoy se tiende á creer que la casualidad no existe. Esa es una palabra que no explica nada.

Así, pues, la adivinación objetiva ha sido comprobada y analizada; se busca su razón, y es verosímil que se la descubra.

V.—**Astrólogos y alquimistas.**

La Astrología es el medio de saber el pasado, el presente y el porvenir. Ciencia despreciada desde hace dos siglos, nadie se atreve á confesar que se preocupa de ella, aunque Kepler, Tycho Brahe, Newton y todos los grandes astrónomos fueron astrólogos.

Hoy día, después del Psiquismo, es esta la rama del Ocultismo que con más adeptos cuenta, y en la que más se ha progresado. Reposa sobre la hipótesis de que la Naturaleza es siempre semejante á sí misma; las mismas causas producen en ella perpetuamente los mismos efectos, y hay derecho á suponer que un Universo en pequeño, como es el mundo terrestre, tendrá su razón de ser en un Universo más grande, cual es el sistema solar. En el juego combinado de las fuerzas cósmicas se encontrará, pues, la razón de la forma de la Tierra, de la repartición de las especies animales y vegetales, y hasta de las cualidades de cada individuo. La hipótesis, *á priori*, no tiene nada de absurda; sólo falta que la práctica la confirme.

La Astrología ha entrado ya en una fase científica; la Alquimia la sigue de cerca.

Desde el descubrimiento de los rayos X, las ondas hertzianas, la radioactividad, desde Rœntgen, Hertz, Curie, Becquerel y Le Bon, en fin, puede decirse que la Física se inclina hacia la Alquimia y la Magia. Nuestras ideas sobre la constitución de la materia se encuentran considerablemente modificadas; todo un mundo nuevo se abre ante nosotros, mundo que las teorías de los antiguos filósofos habían ya dejado entrever. Se empiezan á estudiar seriamente los antiguos tratados de los sabios medioevales, del período grecolatino, de la India y hasta de la China.

Resulta, pues, que las Matemáticas, la Astronomía, la Química, la Biología, hasta la Sociología ganan con las tendencias ocultistas contemporáneas.

El Ocultismo toca á casi todos los ramos del saber humano. No es, pues, una ciencia, sino un modo de comprender las ciencias y de hacerlas progresar.

Sólo que el Ocultismo no constituirá la ciencia contemporánea; será más bien el semillero donde brotarán las ciencias nuevas del siglo XX.

PIERRE PIOBB

(De la *Revue.*)
